

Santo Tomás, hombre de su siglo

Ignacio Ellacuría, S. J.

Santo Tomás fué un auténtico hombre de su siglo. Supo romper con lo que una tradición anquilosada tiene de impedimento para el avance; supo afrontar las últimas novedades del pensamiento filosófico aunque procedieran de un sabio pagano y fuera transmitido por manos tan poco seguras como las de árabes y judíos. Evitó magistralmente esa forma de servilismo cultural que se adapta a las novedades cuando ya dejan de serlo, porque fué él mismo originador de esas novedades y culminación de su tiempo. Santo Tomás viene a ser el hombre de la Edad Media por lo que respecta al pensamiento filosófico-teológico como Dante lo es por lo que se refiere a la poesía y Alfonso X al derecho.

Cuando aseguramos que es el hombre de la Edad Media no apuntamos a una mera denominación histórica, sino a algo más hondo: ante todo, porque desde entonces han transcurrido muchas centurias para cuya representación no se puede ofrecer una figura católica indiscutible; pero, además, porque llegó a ser no sólo el representante, sino la culminación de su tiempo, el dardo que lanzó aquella edad luminosísima a ese cielo en que sólo se conserva lo perenne, lo permanentemente vivo.

Es verdad que a su figura humana le faltan aspectos de su época; entre otros, los que suponen una fuerza biológica desencadenada y violenta sin sometimiento a cauce ninguno, tal como se patentiza en varios miembros de su misma familia. Sus hermanos gustaban más de la espada y la violencia, vivieron presos y desterrados o victoriosos y rebeldes, más interesados, de momento, por esta vida que por la otra; no entendían la forma de vida de su hermano menor y así se lo arrebataron violentamente a los dominicos con quienes iba a Francia con intención de hacerse fraile, para encerrarlo en una torre donde poner a prueba la carne de aquel, que por ser hermano suyo, la suponían tan rebelde como la propia. Fué de las pocas veces en que bramó iracundamente Tomás arrojando un tizón encendido a quien venía a desviarle de su camino.

Poseía, en cambio, una de las características más valiosas del medievo, época de egregias síntesis y magníficas construcciones, radicadas en un fundamental universalismo: ya que en su misma sangre contaba con esta abertura a lo universal, pues nacido en el sur de Italia, cuenta con ascendencia normanda por parte de su madre, lombarda por la de su padre. A este europeísmo universalista de su sangre va a superponerse el superior sentido universalista de su formación intelectual y de su trabajo: de Grecia recogerá su herencia filosófica en los moldes aristotélicos y platónicos; de Roma, las ideas de Agustín y el soporte de

Boecio, además del significado católico —universal— de la sede pontificia; de Alemania la enseñanza sin par de Alberto Magno, empeñado en la elaboración de un método científico nuevo y en la introducción de nuevas ideas contra la rutina imperante; de España con el hábito dominico, la espiritualidad de Santo Domingo, y en lo profano la metafísica aristotélica a través de la escuela de traductores de Toledo, y las doctrinas de árabes y judíos, especialmente de su gran enemigo doctrinal Averroes. Como no admitió limitación para sus horizontes científicos, tampoco aceptó particularismos regionalistas o nacionalismos miopes y constringentes impartir su enseñanza: Alemania, Francia e Italia escucharán sus lecciones; para el problema español de judíos y mahometanos escribirá la **Suma contra Gentiles**.

Este universalismo que arranca de su personal base biológica, se perfecciona en alas de una ponderada educación abierta y se sublima a impulsos de la caridad y la concepción cristiana de la vida, origina su especial modo de filosofar y, en otro sentido, es resultado de su especial talante filosófico que pudiera calificarse como congénitamente esencialista y universalista, anclado decisivamente en lo profundo y radical sin concesiones a los reclamos de superficialidades o accidentalismos: aún sin cumplir los catorce años, su pregunta fundamental ansiosamente repetida era "**quid est Deus**" con ese **quid** sobrecogedor que apunta a lo esencial y con esa dirección inquisitiva hacia Dios que iba a ser la meta y el dinamismo de todo su pensamiento y acción.

Habla Berdiaeff de la necesidad de un ascetismo religioso para que el hombre alcance de nuevo sus orígenes espirituales de modo que pueda unificar y centrar todas sus potencias, sin que su identidad quede completamente pulverizada, atomizada en la multiplicidad divergente de lo exterior y lo material. Lo material nos ata a un determinado lugar, nos separa y distancia de los demás seres, tiende a disociarnos en nuestra vida psicológica, nos fuerza a perdernos en superficialidades despertando precisamente las energías disociadoras de nuestra personalidad. Ciertamente es preciso vivir de la materia y con la materia pero, por lo mismo, es urgente el impedir ser dominado por ella o vivirla como fin personal; ahí radica la necesidad del ascetismo religioso, entendido como una liberación activa y trabajosa de los elementos que obstaculizan al hombre en la superior autenticidad exigida por su propia esencia y en el destino cristiano de su vocación sobrenatural. Una fundamental inspiración religiosa y cristiana de la vida hizo que Santo Tomás triunfara en la tarea, tanto doctrinal como existencial, de unificar lo múltiple, de profundizar esencialmente en apariencias y accidentes, de jerarquizar definitivamente lo humano como progreso orgánico a partir de un centro religioso que acepta a Dios como el Todo de todo.

Características fundamentales de su personalidad y su pensamiento

El medievalismo de Santo Tomás es tema demasiado amplio para hacerlo punto de investigación aquí; como apreciación general baste lo escrito, supuesto que estas próximas caracterizaciones concretas pueden iluminar paralelamente el pensamiento y la personalidad del hombre tanto como el espíritu de su época.

Los auténticos filósofos suelen ser juzgados por los que de ninguna manera lo son como seres extravagantes alejados de la vida. A Santo Tomás en concreto, su sosiego y tranquilidad, su retraimiento y silencio, su profundidad y esencialismo le valieron aquel apelativo de **Buey mudo**. Alberto Magno —filósofo también él— supo corregir generosa y perspicazmente a los superficialistas distraídos: **"yo os aseguro que este Buey dará tales mugidos con su ciencia, que resonarán en el mundo entero"**. No tenía, pues, nada de **aparente**: frente a la tentación permanente del sofista, y su afán predominante, de **aparecer** más de lo que **es**, de ir en busca de piruetas novedosas y brillantes y no de sustanciales pensamientos objetivos, de convertir el trabajo mental en mercancia, puesta en manos del mejor postor... este gigante napolitano que no sabía donde esconder sus casi dos metros voluminosos vivía en un empeño constante de interioridad, de auténtico ocultamiento de la excelencia y plenitud de su espíritu. No permitiría jamás que el gesto insinuase un punto más de la propia verdad, ni que la frase superase el austero y límpido menester del cristal.

Nunca trabajó por improvisar apariencias sino que se sometió férrea, tenazmente, a laborar realidades, a domesticar el misterio de las cosas. A la apariencia de los superficiales respondió con la interioridad del espíritu y la tenacidad del trabajo: Inocencio IV le ofrece la abadía de Monte Casino, Clemente IV el arzobispado de Nápoles... Tomás no acepta, pero ni siquiera duda; se le habla de un cardenalato compartido con San Buenaventura... responde tajantemente que no tendrá dignidad alguna; a la vista de París sus discípulos le proponen el goce de su dominio y posesión... la respuesta surgirá significativa **"la posesión de esta ciudad y su administración turbarían la paz de mi alma y me impedirían dedicarme a la contemplación de las cosas de Dios"**. Más que un repudio de lo externo se da en su actuación una irresistible atracción de la actividad interior —contemplación—, de la sustancial tendencia objetiva —cosas—, y del afán indeleble de lo divino —Dios—. Sólo en cuanto estos valores superiores se ven impedidos por la pluralidad de la acción suscitada y regida por perturbadoras incitaciones externas, se legitima el retraimiento que impide el "des-vivirse" y el "des-personalizarse" entre las cosas. No se trata, pues, de ineffectividad sino tan sólo de la negación de una actividad entendida al modo de los pragmatistas y los negociantes del espíritu.

Porque hay una actividad superior en la que debe desembocar la interioridad y la contemplación pero que, para cobrar su exacta medida debe ser resultado y no principio original. Su primera y previa instancia está señalada en aquellas palabras del Hegel que parecen escritas a la luz de la fundamental postura de Tomás de Aquino y en las que se alude a un **"replegarse hacia sus adentros y volver en sí, ganar el espacio y el suelo necesarios para su reino propio, en donde los ánimos se eleven sobre los intereses cotidianos y se dejen ganar por lo verdadero, lo eterno y lo divino, elevándose hacia la contemplación y la asimilación de lo alto"**. Pero no para permanecer ahí; el santo pensaba que una mayor perfección exigía el transmitir a los otros lo que en esa primera instancia se había adquirido. Así la actividad esforzada de su contemplación se convertía obviamente en activísima producción y en influjo sobre los hombres y las ideas que le circundaban.

Dentro de esa actividad superior, la única a él asequible si quería mantenerse fiel a sí mismo y a su singular vocación, fué un denodado e infatigable operario. Para probarlo bastaría con apelar a su obra escrita, ingente en la extensión pero más ingente aún si atendemos al rigor, a la calidad, a la seriedad y profundidad con que fué meditada sin concesiones, a lo fácil o a lo superfluo, para lo que no tuvo tiempo en los breves 49 años de su vida. De él escribe Chesterton que era de esos hombres amables cuando se les interrumpe en su trabajo pero que están más contentos si no se les interrumpe; su descanso consistía en andar a grandes pasos rápidos con la cabeza alzada más atento a la revelación del ser que a los propios movimientos de significación puramente subjetiva: su problema personal estaba resuelto definitivamente dentro de una solución que se plegaba sin rotura alguna con la vocación y la misión de su vida, tal como es manifiesto en la absoluta unidad psicológica sin vacilaciones de su personalidad y su existencia.

Cierto es que no se le podría clasificar como hombre práctico ni como afable hombre de sociedad. Cada vez más era arrebatado hacia una vida profunda, esencial en persecución teórica de la verdad total de las cosas, y en afán de identificar su vida con las exigencias de esa verdad. Esta llama interior fué consumiendo las restantes posibilidades de su vida, que no se amoldaban a su más auténtica y absoluta posibilidad; fácilmente la intensa dedicación de su alma a lo trascendente, a lo "meta-físico" le hacía perder contacto real con el contorno sensitivo y con la conversación ligera tanto en la presencia del mismo Rey de Francia como en el refectorio de los frailes o en los caminos de sus misiones; esa misma actitud enteriza y unitaria le hacía perder la nimia ductilidad que exigen las cosas múltiples y pequeñas; esa dedicación atenta a lo sustancial y permanente le hacía distraerse colocándola en el extremo opuesto al de esos hombres que están atentos a todo y parecen, a veces, confundirse con ceremoniosos lacayos. Si le gustaba más estar callado que perdido en conversaciones fútiles era porque en el silencio iba germinando su palabra; esos silencios que liberaban a sus palabras de cualquier vislumbre de fatuidad; nunca se podrá decir de él que hablase más de lo que callaba. De ninguna manera puede estimarse esto como desprecio; no despreció nunca a nadie y, sobre todo, no despreció ni a los sencillos ni a sus oponentes intelectuales. Si pudiera atribuírsele alguna forma de menosprecio sería respecto de las apariencias de los vanos y las mentiras de los pseudo-intelectuales. (1)

Este rechazo de las apariencias, esta ansia severa por la desnuda objetividad de las cosas se comprueba en la falta de especiales formas estilísticas de su obra escrita. No nos interesa aquí el detalle sino su significación, aclaratoria de la personalidad y del estilo de pensar que le caracterizaban. Bréhier apunta a este respecto limpidez tranquila de estilo junto con hábitos literarios muy alejados de los nuestros, y falta de emoción y arrebatado; dentro de estas perspectivas son muchos los que aprecian una absoluta desubjetivación y aun despersonalización en la tónica general de sus obras fundamentales. Sin embargo, un conocedor tan profundo de su obra y de paladar tan exquisito como Maritain ha escrito:

(1) Este concepto de pseudo intelectual, "gloribundus de falsi nominis scientia" está descrito y enardecidamente rechazado en un pasaje célebre contra los adversarios de los mendicantes en la Universidad y los averroístas.

"Cada uno de sus silogismos es como la síntesis de sus plegarias y de sus lágrimas, y ese sosiego lúcido que en nosotros produce su palabra, proviene, sin duda, de la invisible impregnación de sus anhelos, presente en todos sus textos, y del tenaz impulso de su vehementísimo amor".

Ya quedó insinuado antes, como nota que le caracteriza, un esfuerzo vigoroso y consubstancial por retirarse él y sus problemas subjetivos en el intento de captación de las cosas en sí. No pretendía primariamente "recrear" la potencial vitalidad de los objetos sino "reproducir" en el concepto las intelectuales dimensiones verdaderas de las esencias, transfundir, en el lenguaje más luminoso, el resultado de su visión puramente intelectual de la verdad; para él la palabra no era sino signo inmediato del concepto, y el concepto, contacto intelectual con las esencias. San Agustín había enrumbado su prosa hacia tonalidades distintas dándonos, a su vez, la realidad percibida, pero a través de la sacudida emocional que esa percepción suscitaba en su corazón anhelante e inquieto. En este sentido puede asegurarse que en éste es el hombre entero quien va en busca de la verdad mientras que en Santo Tomás la subjetividad emocional calla cuando la mente despierta escucha. Mas no se puede concluir de esto la despersonalización de su estilo en un orden absoluto o peyorativo; una página de la Summa sólo puede ser escrita por su pluma: la sinceridad absoluta en la búsqueda de la verdad; el afán permanente por hacer sencillas, claras y asequibles las más intrincadas cuestiones; la luminosidad serena, inalterable con que fluye el pensamiento en sosiego y en moderación constantes; el rechazo de toda forma meramente apariencial desligada de su subordinada misión significativa; la paciente objetividad y el cuidadoso recato emocional o imaginativo; la limpidez y seguridad de su avance rectilíneo; la densidad exactamente calibrada de su decir en que se compendian, en apretadas frases felicísimas, análisis innumeros... todo ello patentiza la presencia de una personalidad irresistible siempre igual a sí misma en la potencia mental y en los modos expresivos.

Su vida antes que su pensamiento había demostrado indubitablemente una vigorosa personalidad independiente y segura: se había decidido por los dominicos cuando todos le impulsaban a ser monje de Monte Casino; se inclina por Aristóteles cuando su contorno cultural y eclesiástico batallaba por el agustinismo; pelea abiertamente en la Universidad contra discípulos y maestros en un ambiente apasionado y enrarecido; se separa del mundo y trabaja en soledad una obra que agotó su juventud; mantiene toda su vida una fidelidad inobjetable a su vocación de santidad y apostolado intelectual. Todo en él patentiza ese modo de superior personalidad consistente en la subordinación perfecta de su vida a las exigencias más perfectas y auténticas de su ser. No pretendió directa y primariamente formas novedosas de originalidad pero ésta fluía como resultado obvio de su personalísima singularidad; Guillermo Tocco, su primer biógrafo, al comentar la enseñanza inicial de Tomás en París, señala nueve formas de novedad en sus lecciones: trataba nuevos temas con modo nuevo y peculiar de enfocarlos; aducía nuevas razones y las iluminaba con nueva luz; resultaba así nuevas opiniones o esclarecimientos nuevos de las antiguas. No contaba entonces más de treinta años.

Y ser nuevo en las cosas viejas, ser renovador en el tratamiento sencillo de temas antiguos trabajados por muchas manos es, tal vez, la

forma superior de originalidad personal. En su obra hay desde luego mucha mayor novedad y profundidad de la que a primera vista se descubre, aun en aquellos casos en que parece educirse a transmitir el pensamiento ajeno; tal vez, muchos de sus discípulos le han traicionado al darnos las fórmulas del tomismo sin el transfondo implícito que las valoriza y carga de sentido auténticamente filosófico. De su realismo llamado ingenuo, asegura Karl Rahner, en libro dedicado precisamente a la metafísica del conocimiento tomista, que se muestra más crítico de lo que pueda ser todo realismo crítico, si se lo entiende con los presupuestos fundamentales en que se basa. Las ingenuidades que puedan achacársele en apreciaciones científico-naturales eran obligadas en su época y, por tanto, no imputables personalmente; de todos modos, representan detalles mínimos en un conjunto amplísimo y en una tarea gigantesca. Su sentido común es, en definitiva, la aplicación consecuente de una lógica que evita las contradicciones, la persuasión sentida y operante de que las cosas proceden de Dios y, por tanto, junto a su riqueza casi inabarcable conservan la simplicidad, la unidad y la armonía de su Fuente. Los seres en su pluralidad y el universo en su conjunto tienen para él inteligibilidad y explicación; pero esta explicación no debe ser imaginada sino descubierta en el contacto sumiso y activo con la realidad.

